Entrevista con Jorge Edwards

Guillermo García-Corales
Universidad de Colorado, Boulder

En los últimos años, críticos como Fernando Alegría, Michael Moody, George R. McMurray, Donald L. Shaw, Federico Schopf y Raymond L. Williams han reiterado que Jorge Edwards (Chile, 1931) es uno de los escritores más destacados de la actualidad en su país, cuya obra se proyecta más allá de las fronteras nacionales, al enfrentar con lucidez crítica los problemas y rasgos peculiares de la sociedad chilena contemporánea. Además de su trabajo específicamente literario, Jorge Edwards ha participado activamente en el debate político de su país. Muestra de ello es su trabajo en el Comité para Elecciones Libres, el Comité de Libertad de Expresión de la Sociedad de Escritores de Chile y su columna semanal en el diario de oposición democrática al régimen militar, *La Epoca*. Ha publicado libros de cuentos: *El patio* (1952), *Gente de la ciudad* (1961), *Las máscaras* (1967), *Temas y variaciones* (1969); novelas: *El peso de la noche* (1964), *Persona non grata* ("novela sin ficción" 1973), *El museo de cera* (1981), *Los convidados de piedra* (1978), *La mujer imaginaria* (1985), *El anfitrión* (1987); ensayos: *Desde la cola del dragón* (1977) y *Mito, historia y novela* (1980). De enero a mayo de 1989, Jorge Edwards se desempeñó como profesor visitante en el Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Vanderbilt, Tennessee. Tuvo, a la vez, un nutrido programa de conferencias en otros centros académicos de Estados Unidos.

García: ¿Cuáles son los autores que han influido mayormente en su vida de escritor?

Edwards: Trataré de darle un orden, comenzando con mi descubrimiento de la lectura al salir de mi infancia, de mis grandes entusiasmos literarios: Azorín, León Bloy, Miguel de Unamuno (aquí he llegado a mis 16 años), James Joyce, Thomas Mann, Neruda (el de *Residencia en la tierra*), Proust, Kafka, Jorge Luis Borges, Balzac, Stendhal... Tengo una gran admiración por Flaubert, pero nunca he sido particularmente flaubertiano. Otra admiración, latinoamericana en este caso: Joaquín María Machado de Assis. Una relectura reciente del *Quijote* me ha convertido en un cervantino tardío. Ahora estudio alemán y espero empezar a explorar esa literatura.

García: Se ha comentado que *El patio* es una buena muestra del intento de la literatura que por la década del 50 se propone modificar la tradición literaria nacional marcada por un gastado criollismo. ¿Qué podría decir al respecto?

Edwards: El patio fue un cambio claro del escenario y de los personajes habituales de nuestra narrativa de entonces. No fue el primer cambio y no sé si fue definitivo. Lo que sí dio que hablar fue la reacción de los directores del Pen Club, indignados cuando demostré mi escaso interés por el criollismo en un programa de radio del Pen. En esa oportunidad dije que mis autores favoritos eran Neruda, Huidobro y María Luisa Bombal. Insistieron en preguntarme sobre Latorre, Durand, etcétera, e insistí en que no me interesaban (yo tenía entonces veinte años). Después he leído algún texto criollista. Esa lectura me interesa un poco más ahora que entonces, por motivos casi arqueológicos, pero sigue sin convencerme. No tuvimos en Chile a un Ricardo Güiraldes o un José Eustasio Rivera.

García: Varios personajes de *Gente de la ciudad* y *Las máscaras* aparecen abatidos por el desengaño, el pesimismo y la abulia. ¿Es esta una manera de expresar angustias y obsesiones personales (o del autor implícito, como diría W. Booth) o más bien una forma de simbolizar un fenómeno colectivo contextual?

Edwards: El desengaño, el pesimismo, la abulia eran signos de la época, fines de los cuarenta y comienzos de los cincuenta. También nos llamaban "existencialistas" y éramos, en realidad, admiradores y seguidores de Jean Paul Sartre y de Albert Camus. Gabriela

Mistral leyó *El patio* y le dijo a Alone, el gran cronista literario de entonces, que el libro le había causado "una preocupación moral". Así lo comentó Alone en su crónica sobre el librito. Los propios personajes de "La experiencia", en *Las máscaras*, hablan de una decadencia política. En *Los convidados...*, intenté narrar una "radicalización" que se desarrolla a partir de esa abulia inicial, como reacción, y que conduce a posiciones revolucionarias. Es un intento de explicar por dentro los fenómenos que se produjeron en la burguesía y en la pequeña burguesía y que condujeron a una ruptura del sistema político. En lugar de explicar esa ruptura únicamente como rebelión popular, en la novela, el burgués rebelde termina por descubrir el mundo popular.

García: Su obra ha sido considerada por la crítica tradicional como: "realismo sofisticado", "realismo con arranques hacia un expresionismo deformante", "nuevo realismo contemporáneo"... ¿Cuál de estas definiciones (si es que las podemos llamar así) le parece más acertada?

Edwards: Algunos de mis trabajos son realistas, sofisticados o no. Otros, como algunos cuentos, *El museo de cera*, *El anfitrión*, pertenecen de lleno al género de la literatura fantástica. En *Los convidados...* también hay elementos puramente fantásticos: la gorda que vuela, la Máquina de Tito... Creo que el cambio de perspectiva que inaugura *El patio* anunciaba una salida del realismo, al menos en su forma naturalista. En *El patio* los escenarios no estaban geográficamente individualizados, eran espacios poéticos (si se puede emplear esta expresión). Si hubiera dicho que la casa de la señora del regalo, en el primer cuento, estaba situada en Miraflores con Monjitas, el cuento no habría funcionado. El título del libro alude a este espacio de los juegos, de pequeñas tragedias infantiles, etcétera.

García: Sin embargo, las novelas que ha mencionado y *La mujer imaginaria* están construidas con base en un claro referente político-social, lo que no es tan evidente en sus relatos previos, ¿a qué se debe este énfasis?

Edwards: Pienso que las dictaduras producen un efecto paradójico: suspenden la política, la cancelan, la colocan entre paréntesis, y hacen, a la vez, que todo, la vida cotidiana, la televisión, las diversiones, se convierta en algo político. Por ejemplo, *El Mercurio* observa en titulares de primera página que la prensa de Estados Unidos no dedicó una sola línea a la elección de Miss Universo (una chilena). Con esto insinúa: si se atropellan en Chile los derechos humanos, salimos en primera plana, pero si nos va bien en algo, esto se ignora sistemáticamente. Es una especie de paranoia colectiva. Creo que esto se ha reflejado en mis últimas novelas... Es una especie de politización enmascarada de todo. El fenómeno comenzó con la Unidad Popular y no ha terminado.

García: ¿Cuál es el efecto que desea alcanzar con el fuerte contrapunto entre el presente narrativo y el pasado que se aprecia en sus novelas?

Edwards: Se trata del pasado como explicación del presente, de la novela como "historia privada". Fue Balzac quien dijo que el novelista es el historiador privado de las naciones. Siempre me obsesionó el tema de la presencia del pasado y el de la repetición de la historia.

García: Considerando —como lo hacen Barthes y Kristeva— que la intertextualidad es el trabajo de transformación y asimilación de varios textos ejecutado por un texto central que mantiene control sobre el significado ¿qué nos puede decir acerca de este proceso en *El anfitrión*, donde la intertextualidad es tan abierta y contundente?

Edwards: Pienso que las novelas pueden engendrar teorías, todas las teorías que los críticos sean capaces de sustentar, pero que las teorías no sirven de nada llegado el momento de escribir novelas. Al escribir *El anfitrión*, lo último que hice fue pensar en Barthes, escritor a quien admiro, o en la Kristeva, a quien he leído muy poco y siempre con excesiva dificultad para mi gusto. Mi comentario, mi paráfrasis o lo que se quiera de la tradición fáustica fue en todo momento desenfadado, conjetural, humorístico. El perrito demoniaco es un típico "quiltro" flaco e intruso de los que pululan en el Portal Fernández Concha de Santiago. Helena es una Reina de la fiesta de la Primavera vista en sueños, entre otras razones, porque ya no hay Reinas de la Primavera, como antes, sino Misses Chile o Misses

Universo, y no hay desfiles de carros de cartón piedra, entre Neptunos y otras entidades mitológicas, sino programas de TV transmitidos por satélites.

García: ¿Cómo ha integrado últimamente su creciente participación en el debate político nacional (su "vocación pública") con su actividad netamente literaria?

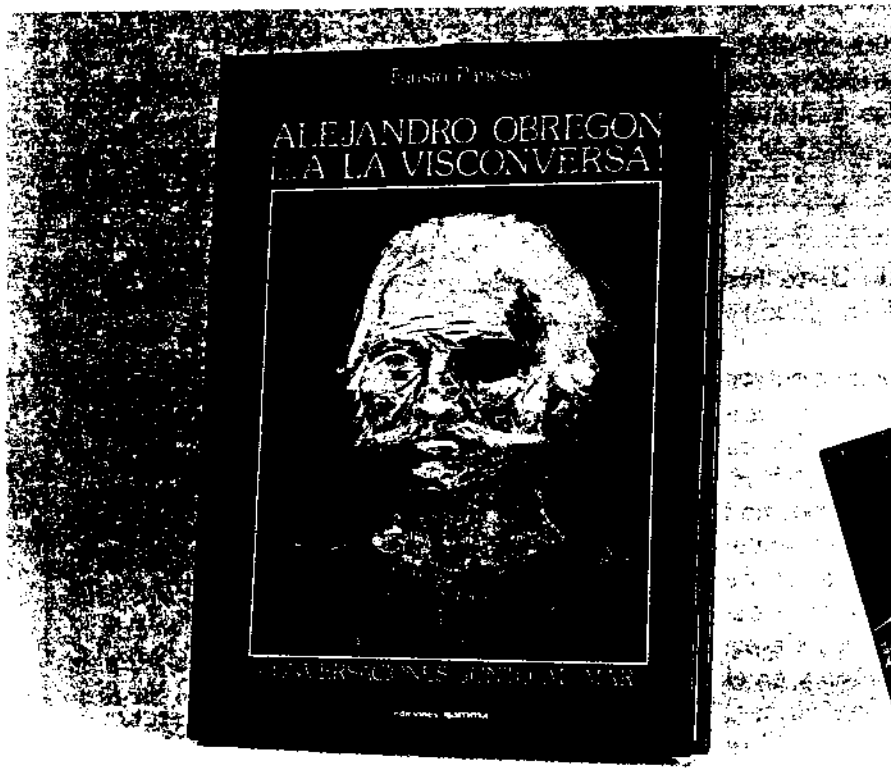
Edwards: La he integrado muy a medias. La prueba es que he venido a refugiarme en la Universidad de Vanderbilt, en Nashville, Tennessee, a escribir, a leer y a dictar un par de cursos literarios.

García: Desde la perspectiva de su "vocación literaria" y la de su "vocación pública" ¿cómo ve la situación chilena actual?

Edwards: Con relativo y moderado optimismo, con la sensación, si no con la completa seguridad, de que los momentos más oscuros y más oscurantistas de la dictadura ya quedaron atrás.

García: Finalmente, ¿cuáles son los escritores colombianos que ha leído y cuáles le interesan actualmente?

Edwards: Prefiero mirar la literatura con criterios más continentales y más idiomáticos, más ligados a la gran posibilidad de unidad que nos ofrece la lengua castellana, que con criterios nacionales o regionales. He leído desde mi adolescencia y admiro a muchos escritores colombianos, desde el gran José Asunción Silva, maestro de Gabriela Mistral y del primer Neruda, y José Eustasio Rivera, hasta los talentosos y ágiles novelistas, cronistas, poetas de la Colombia de hoy, los Alvarez Gardeazábal, Antonio Caballero, Alvaro Mutis y un largo etcétera. Sin olvidar, naturalmente, al admirable García Márquez.



OBREGON
¡A LA VISCONVERSA!

FAUSTO PANESSO

Un retrato integral del ser humano y del artista, bellamente ilustrado con fotos del álbum familiar y sus más recientes cuadros.

EDICIONES GAMMA OFRECE EL REGALO IDEAL PARA ESTA NAVIDAD.

Adquiéralo en las principales librerías del país o a través de su tarjeta de crédito Diners Club.

Informes: Ediciones Gamma. Cra. 10 No. 64-65, 3 piso. Tel.: 2122873 Bogotá, D.E.